

DAVID RECHE ESPADA

# ACCIÓN EVASIVA



DAVID RECHE ESPADA  
ACCIÓN EVASIVA



EDITORIAL SOLDESOL

# ACCIÓN EVASIVA

Autor: David Reche Espada

© Textos: David Reche Espada

Blog: [Relatos Improbables](#)

© Edición: Editorial Soldesol

[www.editorialsoldesol.com](http://www.editorialsoldesol.com)

© Diseño de portada: Sol Ravassa

[www.solravassa.es](http://www.solravassa.es)

ISBN: 978-84-943873-6-4

Depósito Legal: AL 1069-2015

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, sin consentimiento por escrito de los autores del copyright, ya sea por cualquier medio informático o reprográfico.

Escucha en Spotify la selección que David Reche ha creado especialmente para este libro:



A todo lo que pudo haber sido.  
*«Sólo recuerdo lo bueno, de lo malo nada».*  
*Retales de una vida*  
Celtas Cortos

## CARTA DEL AUTOR

¿No es la vida una huida constante que sólo termina cuando nos vemos encerrados dentro de la última caja? Bueno, quizá sea una exageración, pero no deberíamos olvidar que si lo que mueve el mundo es el amor, el dinero, el sexo y el miedo en proporciones difíciles de determinar; entonces la falta o la presencia de alguno de estos cuatro elementos nos empuja a evadirnos, bien para simplemente huir de nuestra realidad, bien para encontrar también algo distinto y mejor que lo que nos obliga a esa evasión.

*David Reche Espada*

# LÁGRIMAS PERDIDAS EN LA LLUVIA

## PARA SIEMPRE

—¿Me quieres? —preguntó a bocajarro mientras él, concentrado, decidía si al arroz le quedaban tres o cinco minutos más.

—Sí —respondió saboreando, no muy convencido, el poco caldo que quedaba en la paella.

—¿Para siempre? —insistió, confundida por su duda.

Él recordó entonces algo que escribió recientemente un amigo que tuvo que irse de la ciudad:

«El bar al que bajas a ver el partido de fútbol con los amigos, donde a base de compartir tardes y noches ya conoces a los parroquianos y los saludas con un arqueo de cejas si los encuentras por las calles del barrio; el banco de la esquina donde te sentabas a esperarla frente a su portal, la combinación de semáforos en rojo y verde que encuentras al salir del garaje de casa, esos niños camino del colegio con los que te cruzas todos los días y que llevas años viendo crecer, la tradicional pizza de los viernes, las triquiñuelas de la pescadera del súper para que te lleves siempre unas almejas, el desayuno de los sábados en la terraza del parque leyendo el periódico, las tardes de sofá viendo vuestra serie favorita, temporada tras temporada; el ritual de cada mañana al levantarte, el programa de radio y el orden de las secciones que escuchas camino del trabajo, la limpieza del baño el domingo por la tarde, el saludo a la kiosquera cada vez que sales de casa, la lista de la compra del fin de semana, la escapada a bañarte cuando empieza el buen tiempo, el recorrido habitual por las tiendas del barrio para comprar los regalos de Navidad, las cosquillas que le haces de repente cuando no se las espera, el sonido del tranvía llegando a la parada cercana a casa, el lugar donde guardas cada cacharro en la cocina, la negociación sobre qué película ir a ver al cine, la sucesión de curvas que te llevan de vuelta al pueblo, esa camiseta que le regalaste, la copa bien preparada por tu colega el del garito donde cenáis de tanto en tanto, el parque al que vas a correr algunas tardes,

la siesta que os dais juntos el viernes, la esquina del kebab en la que siempre sueles encontrarte a ese antiguo compañero de clase y con el que repites invariablemente la misma conversación infructuosa, el dependiente agrio de la administración de loterías de los jueves por la tarde, la sonrisa cada vez que pasas por la calle donde os besasteis por primera vez, tu peluquería, el almuerzo con los compañeros de trabajo, la cuadrilla indisoluble de las excursiones a la sierra, esa canción que siempre pides el sábado por la noche, el viejo furgón del frutero aparcado bajo el mismo árbol para que le dé la sombra, el atajo para ir a la playa cuando hay tráfico, sus ojos cerca de los tuyos, las vistas desde la ventana, el olor del mar, la farola donde atas tu bicicleta, la chica de la copistería, la sartén vieja para la tortilla de patatas, las pintadas del ascensor, las teclas de tu coche, la cerveza mientras preparas la cena, las plantas del balcón, esa diferencia sutil en el beso que te da y que significa que quiere que hagáis el amor...

»Todo, absolutamente todo lo que parece parte del paisaje inalterable de tus rutinas, se esfumará un día, revelándote que nada es para siempre».

—Se te pasa el arroz —apremió ella a su extraño silencio.

—Sí, claro... Para siempre.

## NUEVE

—Con cada vuelta del tambor de la lavadora en régimen normal, que dura unos setenta minutos, se consume de media uno coma cinco julios. Sin embargo, durante los cuatro minutos que dura el centrifugado se consume un millón doscientos mil julios. Esta última fase supone el setenta por ciento del gasto energético del electrodoméstico. Si el otro veintinueve por ciento de la energía se gasta en calentar el agua, ¿cuántas revoluciones por minuto alcanza la lavadora durante el centrifugado?

Todos sus compañeros echaron mano de las calculadoras, pero él quedó eclipsado por la palabra *revolución*. Mientras los demás obtenían porcentajes y consumos él huía de los bombardeos en un viejo vapor rumbo a Orán. Ella, a su lado, dejaba caer una calculadora de las manos para apartarse de la cara el pelo que el viento húmedo y salado le arremolinaba frente a los ojos. Su mirada interrogativa se dirigía a la costa que comenzaba a dibujarse por la proa. Él la abrazó prometiéndole que, juntos, tomarían París.

## BUCLE DE DESEO

Son las doce horas, un minuto y quince segundos.

Ella respira agitada al son de las motas de polvo suspendidas en los haces de luz que se cuelan por la ventana. Su piel sudorosa brilla en las franjas alcanzadas por el sol, celoso de asistir fragmentado a nuestro rincón. Ella reina ajena al ruido y los olores del mercado callejero: me hechiza. El contraste entre el mundo exterior y el nuestro acentúa mi deseo por su piel, temeroso de que estos segundos acaben. Empiezo a besarla recorriendo sus curvas infinitas...

Son las trece horas, un minuto y quince segundos, ella respira agitada al son de las motas de polvo...

## DOS ESTACIONES

Fue una de esas escasas noches en las que a las dos de la madrugada te dices que es mejor volver ya a casa a dormir, pero en las que se te hace de día en una habitación extraña escuchando mil historias, quién sabe si inventadas, de una mujer que decidió no llegar sola al amanecer del primer día de invierno. Así empezó.

—¿Ya te vas? —preguntaste con tu suave acento cuando me escabullía de la fiesta hacia la puerta—. ¿No me prestas tu bufanda, que tengo frío?

—«Tápame con tu rebozo, llorona, porque me muero de frío» —acerté a replicar, sin sentido alguno, haciendo referencia a *La llorona*, canción que ninguno de los hípsters de aquella fiesta en la que nos presentaron con cortesía forzada hubiera reconocido.

Semanas después me confesaste que las rancheras no eran tu fuerte. Sin embargo declaraste que aquella noche en un entorno desconocido y tan lejos de casa, mis referencias menos tópicas que las de los otros buitres que te rondaban buscando hacer presa en tu exotismo, conjugado con mi fingido desinterés al irme tan pronto, te impulsaron a retenerme con un susurro mientras tironeabas de mi bufanda: «Tómame esta botella conmigo, y en el último trago nos vamos».

Eras demasiado bella, a pesar de las ojeras causadas por el *jet lag*, como para que un tipo como yo pudiera fijarse descaradamente en ti sin el fruto del desprecio manifiesto, pero quizá el hecho de coger mi sombrero nuevo del guardarropa, a juego con la bufanda, te llamó la atención lo suficiente como para atreverte a jugártela conmigo.

Generalmente buscamos personas sinceras con la ilusión de compartir el resto de nuestras vidas, pero nada incita más a jugar a eso que creemos que se llama amor que mil mentiras lo suficientemente bien dichas como para ser aceptadas. Aquella noche yo supe interpretar mi personaje de tipo de mundo, y tú tenías las historias más exóticas que

había escuchado en mucho tiempo. Tu suave acento mejicano recién aterrizado engatusó a mi imaginación cuando me contabas sin rubor el argumento de *La reina del sur* como si tu vida fuera un narcocorrido. El tequila que habías llevado como presente a la fiesta hizo el resto: nada de limón ni de sal, «pendejadas propias de gachupines», dijiste sin inmutarte. Mirada desafiante con cada una de tus invenciones descaradas y respuesta en forma de caballito de tequila *Revolución*. Tus ojos herían como si fueran las mismas pistolas dibujadas en la botella cada vez que volvías a depositar ligeramente, sin alharacas ni golpes, el vaso sobre la mesa para continuar la narración sosegada que yo no me creía.

Fue ese autodominio, esa fe ciega de que mi «Me tengo que ir ya» era la única mentira que yo era capaz de contarte, lo que me ató a tu estela una vez que el dueño del piso dio por terminado el evento y nos vimos todos en la calle sin saber si continuar la fiesta en algún lugar oscuro o si disolvernos cada uno en su casa.

—¡Vamos, carajo! —exclamaste desde tu apenas metro cincuenta y cinco de estatura—. Ustedes no saben la suerte que tienen de poder caminar a estas horas de la noche por el centro de la ciudad sin preocupación alguna. ¿No son tan machos ustedes los españolitos?

Y ésa fue la frase que escuché tantas otras noches cuando yo quería volver a casa pero tú prolongabas la espera y la ronda por las calles de Madrid, hasta que por fin decidías invitarme a tu cama para tomarte la venganza por lo que, decías, os hizo Cortés. Nunca te repliqué que, según otra de las mentiras que me creí gustoso, por tus venas corría sangre de todos los continentes.

Aquella noche inaugural casi perdimos el primer metro de la mañana. Me dijiste, buscando en el plano de la red tu destino, que te quedabas conmigo sólo dos estaciones, que sería la única promesa que debería tomarme en serio; pero tuve la audacia de apearme contigo y terminamos subiendo la escalera de tu casa cantando *Paloma negra* para espantar al último moscón que pensó podía apuntarse a un

trío improbable. No, la *reina del sur* había elegido ya compañero discreto que le enseñara algo más que las calles atestadas de Malasaña.

Sin embargo, en la oscuridad de tu cuarto seguiste hablando y hablando, describiendo el D.F., rememorando los veraneos en Baja California con tus tíos de San Diego o el *road trip* que hiciste en 2008 hasta Panamá; describiendo el sabor del mole de tu abuelo Nicanor y del chile en nogada que solía preparar tu madre por el Día de la Independencia. Te pusiste triste al hablar de esa Navidad que llegaba, la primera lejos de casa. Me avasallaste a preguntas sobre mi origen, mi ciudad y qué hacer siendo forastero en Madrid, hasta que se hizo de día y te callé a besos entonando el *Amanecí en tus brazos* de un tal José Alfredo... Y así pasaron muchas, muchas horas; y muchos, muchos días en los que yo despertaba llorando de alegría por tu entrega rabiosa y tú me regalabas con *Las mañanitas* aunque no fuera mi cumpleaños.

Pasó el invierno entre mantas y paseos abrazados, vivimos la primavera en la calle y descubriendo otros rincones de lo que con sorna llamabas la *madre patria*. Me contagiaste tu entusiasmo y tu sensibilidad artística ante cada fachada, cuadro e incluso paisaje que yo te enseñaba interesado. Me prometiste que me llevarías a México, que en El Zócalo no había rincón donde no te saludaran, que sabías dónde tomar los mejores chilmoles de Mérida y que incluso habías descubierto una galería subterránea bajo la pirámide de Teotihuacán que tan solo tú conocías.

Y también me jurabas al oído que me dejarías sin aliento cada noche y cada mañana gracias a los más de dos mil metros de altura a la que estaba el D.F. Eso era lo único que a mí me importaba: tener tus ojos oscuros como siglos de brujería frente a los míos, incrédulos como los de un niño ante un almacén de juguetes para él solo.

Terminó la primavera entre todas esas promesas que no valen nada, y quise llevarte a mi mar Mediterráneo, tan lejano de tu Caribe querido. Elegí para ello la noche de San Juan, para saltar contigo en una playa escondida las prime-

ras olas del verano. Era como retornar a la infancia pero acompañado de la sabiduría de tus caderas, del susurro cálido de tu acento trasatlántico. Había un grupo de jóvenes al final de la playa tocando guitarras a la luz de una hoguera, qué más podía pedir para ambientar esa noche. Te seguí hasta ellos, como siempre que buscabas conversación e historias inventadas de bocas de desconocidos.

La noche de San Juan tiene algo de etéreo, se contagia de la provisionalidad de la velada más corta, es principio y fin de muchas cosas. Exactamente igual que aquella otra noche de comienzo del invierno, cuando nos conocimos y me contaste todas esas historias que sabía no debía creerme. Y allí, a la luz del fuego, en los ojos de un muchacho con el torso descubierto y nuevamente entre los vapores del tequila, descubrí por fin que todo había sido verdad, debía haber sido verdad, especialmente cuando cantamos en la escalera aquello de «¡Quiero ser libre, vivir mi vida con quien yo quiera...!»; pero que las dos estaciones que me prometiste ya habían pasado, que el verano no era para mí y que esa noche por fin volvería solo a casa.

Desde entonces sé que la vida es como una ranchera: amarga y arrastrada pero bella, ¡carajo!

## BORROSO

—Te echaré de menos —dijo administrativamente mientras manipulaba la manija de la puerta del coche.

—Y yo a ti —cumplimenté eficiente mi respuesta.

Abrió la puerta y desplegó graciosamente el paraguas, esquivando hasta la última gota de lluvia que acechaba fuera para acariciarle la piel, tan suave en mis dedos.

El frío de la calle frenó cualquier otra expresión remotamente cálida que se aventurara a saltar desde mi lengua.

Me dirigió una última sonrisa antes de cerrar, con un amago de beso en los labios, y se perdió entre las luces de los coches bajo la lluvia, emborronándose tras el vaho del cristal. Me gustaba pensar, más bien me acostumbré a pensar, que no la volvería a ver nunca más y que no la quería. Era el mejor antídoto contra el amenazante momento en el que terminara aquel juego de provisionalidades forzadas; un antídoto que al mismo tiempo provocaba que cada vez que ella decidía darme audiencia, se me iluminara la cara como a un niño en domingo sin colegio el día siguiente.